

# *El ojo del poder en los meaderos. Las prácticas homosexuales en los urinarios públicos de París, 1945-1975*

*Geoffroy Huard*

Universidad de Cádiz/Université de Picardie-Jules Verne

*Resumen:* Se trata de analizar las prácticas sexuales entre hombres en los urinarios de París entre 1945 y 1975, a partir de archivos inéditos y de los análisis de Foucault sobre el panóptico que podemos transponer a estas relaciones. Gracias a ellos, veremos que la subenmienda Mirguet no fue el elemento más represivo, como afirmaron los movimientos homófilos y gays. Por tanto, estos archivos no sólo nos muestran unos modos de vida de una época determinada, sino que nos enseñan principalmente a deshacernos de los juicios retrospectivos que elaboran las categorías en las que hoy nos movemos.

*Palabras clave:* París, siglo XX, prácticas homosexuales, urinarios, escándalo público.

*Abstract:* I analyze the sexual practices between men in Paris public toilets between 1945 and 1975, using unexplored archives and Foucault's panoptic analysis that are transposable to these relations. Due to that, I will argue that Mirguet's sub-amendment was not the most repressive element as declared by the homophile and gay movements. Therefore, this archives show us not only lifestyles, but they specially demonstrate that we must undo retrospective judgements that elaborate the categories in which we move nowadays.

*Keywords:* Paris, twentieth century, homosexual practices, public toilets, public indecency.

## Introducción

Querría analizar, en este artículo, las prácticas sexuales entre hombres en los urinarios públicos de París, desde la posguerra hasta mediados de la década de 1970, para demostrar que la subenmienda Mirguet<sup>1</sup> de 1960 relativa a la homosexualidad no tuvo tanta repercusión como pensaron los movimientos homófilos y gays, y que la voluntad política de desexualizar el espacio público no empezó tras esta subenmienda, sino después de la Segunda Guerra Mundial. Para ello, he utilizado obras novelescas, pues son verdaderos cuadros sociales de la época; me he servido principalmente de los archivos inéditos de la Policía de París y de los archivos de la Sala de lo Penal del Departamento del Sena<sup>2</sup>. De manera paradójica, estos archivos son los que nos proporcionan la mayor cantidad de información sobre la vida de estos hombres, aunque se trata de instituciones que pretendían luchar contra sus modos de vida. No obstante, tenemos que señalar que estos archivos sólo son la parte visible del iceberg que nos da una estimación de las interacciones homosexuales que tenían lugar entonces.

Los archivos relativos al «escándalo público» (llamados también «actos impúdicos», «homosexualidad», «actos contra natura», «ultraje contra las buenas costumbres») que fueron muy numerosos<sup>3</sup> durante la posguerra nos permiten reconstruir en parte estas interacciones en las «zonas queer»<sup>4</sup> de París. Para analizar estas prác-

<sup>1</sup> Se vota en la Asamblea Nacional el 18 de julio de 1960 una subenmienda del diputado de derechas Paul Mirguet que calificó a la homosexualidad de «plaga social», estableciendo una condena y una multa mayor en caso de escándalo público entre personas del mismo sexo que entre personas de sexo distinto.

<sup>2</sup> En este artículo se han utilizado varios fondos de los Archives de Paris (AP): los archivos de la Préfecture de Police de Paris (PPP), el legajo de la Brigade Mondaine —dentro de aquéllos— y los del Tribunal Correctionnel du Département de la Seine (TCDS). El primer fondo hace referencia principalmente a denuncias e interpellaciones de los policías en la vía pública; el segundo es del grupo especializado en los delitos cometidos por homosexuales, y el tercero son los archivos de los delitos que llevaban a juicio.

<sup>3</sup> Por ejemplo, hubo en París 463 delitos relativos al escándalo público en 1950, 368 en 1960 y 406 en 1970. Comento a continuación estas cifras.

<sup>4</sup> Utilizo la expresión de Lauren BERLANT y Michael WARNER: «Sex in Public», *Critical Inquiry*, 24-2 (1998), recogido en Michael WARNER: *Publics and Counterpublics*, Nueva York, Zone Books, 2005, p. 187. Sobre los estudios *queer* existe una extensísima bibliografía. En castellano véase, por ejemplo, Alberto MIRA: *De Sodoma a Chueca*, Madrid, Egales, 2004.

ticas homosexuales he utilizado los análisis de Foucault sobre el «poder disciplinario» elaboradas en *Surveiller et punir*<sup>5</sup>. Aunque el historiador de la sexualidad trata en este libro del nacimiento de la cárcel en el siglo XIX, me parece posible trasponer su análisis para estudiar la historia contemporánea de los homosexuales<sup>6</sup>. En efecto, pienso que su historia de la cárcel puede ser considerada como una metáfora de la vida de los homosexuales de su época y que, además, Foucault era consciente de ello. Cuando habla del «poder disciplinario», podríamos añadir en cada línea el ejemplo de los homosexuales (no obstante él no los cita nunca). Se puede observar en sus descripciones del panóptico, de los sistemas binarios de oposición (sombra/luz, público/privado, visible/invisible, etc.), un análisis que va más allá de la institución carcelaria en sentido estricto. Por tanto, sus análisis, a mi parecer, se pueden aplicar a la sexualidad entre hombres en los lugares públicos.

## La historia de los meaderos

Algunos lugares públicos, como el jardín de las Tuileries, son desde hace varios siglos espacios de intensos intercambios sexuales entre hombres<sup>7</sup>. Los lugares al aire libre o las famosas vespasianas, las orillas, parques y jardines, así como los lugares cerrados tales como cines, baños de vapor, los servicios de las estaciones o también el metro, los coches, etc., eran sitios en los que las relaciones sexuales entre hombres tenían lugar a diario.

Estas relaciones eran muy frecuentes y, al mismo tiempo, muy peligrosas, pues se condenaba toda manifestación pública de la sexualidad, tanto homosexual como heterosexual —a pesar de que esta última fuera menos frecuente—, con el artículo 330 del Código Penal: «el escándalo público». Las personas cogidas *in fraganti* o denunciadas por los transeúntes tenían que pagar una multa y estaban condenadas a una pena de cárcel de tres a seis meses (cuando se trataba de la primera condena era condicional).

<sup>5</sup> Michel FOUCAULT: *Surveiller et punir*, París, Gallimard, 1975. Véase también *id.*: *Histoire de la sexualité*, t. I, *La volonté de savoir*, París, Gallimard, 1976.

<sup>6</sup> Didier ERIBON ha propuesto una lectura similar a propósito de *L'histoire de la folie en Réflexions sur la question gay*, París, Fayard, 1999, pp. 372-387.

<sup>7</sup> Michael SIBALIS: «Paris», en David HIGGS (ed.): *Queer Sites, Gay Urban Histories since 1600*, Londres-Nueva York, Routledge, 1999, pp. 10-37.

Pero la condena judicial era dramática sobre todo por sus consecuencias extrajudiciales. Frente a la penalidad tradicional de la ley, la «penalidad de la norma»<sup>8</sup> era la más temida. En efecto, el oprobio social, impuesto por el poder de la norma, tenía consecuencias dramáticas: vergüenza, despido e incluso, a veces, suicidio<sup>9</sup>, ya que cuando se hacía público este tipo de relaciones sexuales se enteraban los compañeros de trabajo y los miembros de la familia porque la persona encarcelada debía explicar el motivo del encarcelamiento. Además, la policía avisaba a los familiares y colegas para corroborar la identidad del inculcado. Un inspector de la Brigada Mundana (equivalente francés a la Brigada Social durante el franquismo) afirma durante una interpelación entre los años 1950 y 1970 que esas personas «parecían anonadadas»<sup>10</sup>.

El lugar por excelencia para mantener relaciones sexuales entre hombres fue, sin lugar a duda, las vespasianas. Las «tazas», en argot, eran unos urinarios contruidos en la vía pública. Aparecieron en 1834 por una orden del gobernador del Sena, el conde Claude-Philibert de Rambuteau<sup>11</sup>, y desaparecieron definitivamente en los años 1970 después de una orden gubernativa de la derecha con fecha del 21 de diciembre de 1959. Esta orden se proponía destruir estos urinarios para instalar otros más higiénicos y, seguramente, para intentar eliminar también las relaciones homosexuales. Se hablaba entonces de «columna Rambuteau» o «columna vespasiana» a la memoria del emperador Vespasiano a quien se atribuye la construcción de urinarios públicos en Roma<sup>12</sup>.

Los urinarios se multiplicaron rápidamente. En 1931, había 1.230 en París. Se utilizaron varias denominaciones en las subculturas homosexuales. Se hablaba entonces de «meaderos» (*pissotières*). Proust hizo alguna referencia: «Los edículos Rambuteau» se llamaban *pistières*. Seguramente no había oído la letra o en su infan-

<sup>8</sup> Michel FOUCAULT: *Surveiller et punir...*, p. 215.

<sup>9</sup> Véase el ejemplo dado en mi tesis doctoral: *Historia de la homosexualidad en España y Francia, 1939-1977*, Universidad de Cádiz y Université de Picardie-Jules Verne.

<sup>10</sup> Testimonio de Maurice Vincent en Gérard DE VILLIERS: *Brigade Mondaine, dossiers secrets*, París, Presses de la Cité, 1972, p. 170. El autor no da ninguna fecha precisa.

<sup>11</sup> Roger PEYREFITTE: *Des Français*, París, Flammarion, 1970, p. 64.

<sup>12</sup> Para una historia de las tazas véase el artículo de Marianne BLIDON: «La dernière tasse», *EspacesTemps.net*, 2005, <http://espacestemps.net/document1068.html>.

cia y así se le quedó. Pronunciaba entonces esta palabra incorrectamente pero continuamente»<sup>13</sup>. Unos homosexuales del distrito 16, contemporáneos de Proust, hablaban de «huecos», como el escritor André du Noignon. Éste utilizaba también la palabra «locutorio». Otros utilizaban el término «Ginette». Francis Carco hablaban de «tetera»<sup>14</sup>. Esta denominación aún era corriente en los años 1970<sup>15</sup>. «Los orientalistas dicen una pagoda, los homosexuales con tendencia mística usan el término capilla»<sup>16</sup> —en referencia al fervor con el que encendía a sus adeptos—; el escritor Matthieu Galey hablaba de «capillas de la abyección»<sup>17</sup>, una vespasiana con dos sitios se apodaba «conversadora». Pero fue la expresión de argot «tazas» la que se impuso en los ambientes homosexuales. Ligar en las vespasianas o en los alrededores se decía: «hacer las tazas»<sup>18</sup>. Estas expresiones permitían a algunos homosexuales discutir libremente en público sin que los profanos entendiesen realmente el sentido, pues a menudo el lenguaje utilizado por los homosexuales es un lenguaje de iniciados. Disimula al profano lo que es claro para el iniciado.

«Apreciado amigo, sabe usted ¿cuál es el nuevo desastre? La capilla de Bercy está cerrada. —¿Cerrada por reformas? —Cerrada para siempre. Una puerta de tablas y mañana el pico de los destructores. —Tenemos mala suerte». La capilla de Bercy era el meadero de la orilla de Bercy»<sup>19</sup>.

La arquitectura de las tazas cumplía con la voluntad de desexualizar el espacio público. Si los hombres podían orinar sin que desde el exterior se pudiesen ver sus órganos sexuales, se sabía cuántas personas estaban en el interior, ya que la chapa del edículo no lo cubría hasta el suelo. Quedaba una parte al aire libre que permitía ver el número de pies y a qué distancia estaban unos de

<sup>13</sup> Marcel PROUST: *Le temps retrouvé*, t. III, París, Gallimard, 1927, p. 749, citado por Marianne BLIDON: «La dernière tasse...».

<sup>14</sup> *Ibid.*

<sup>15</sup> Gérard DE VILLIERS: *Brigade Mondaine...*, p. 135.

<sup>16</sup> Roger PEYREFITTE: *Des Français...*, p. 64.

<sup>17</sup> Matthieu GALEY: *Journal, 1953-1973*, París, Grasset, 1987, p. 72 (25 de marzo de 1955).

<sup>18</sup> Jean GENET: *Journal du voleur*, París, Gallimard, 1949, p. 116. También en una canción de Serge Gainsbourg según Didier ERIBON: «Tasses», en *id.* (dir.): *Dictionnaire des cultures gays et lesbiennes*, París, Larousse, 2003, pp. 459-460.

<sup>19</sup> Roger PEYREFITTE: *Des Français...*, pp. 64-65.

otros. Si se observaba cuatro pies demasiado cerca, los usuarios eran considerados unos posibles «merodeadores» por los policías. Utilizando las palabras de Foucault a propósito del panóptico de Bentham y que se podrían aplicar perfectamente a estos edículos, se trataba de una arquitectura

«para permitir un control interior, articulado y detallado —para hacer visibles a los que se encuentran allí [...], una arquitectura que sería un operador para la transformación de los individuos: actuar sobre aquellos a quienes aloja, dar pie a su conducta, prorrogar hasta ellos los efectos del poder, regalarlos a un conocimiento, modificarlos»<sup>20</sup>.

La misma arquitectura se hizo, pues, una herramienta de la vigilancia en la que ésta no era ejercida solamente por los policías, sino por todo el conjunto de los mecanismos de poder disciplinario que funcionaban como una «maquinaria»<sup>21</sup>, un ojo perfecto al cual nada se le escapa. El juego de las miradas fue entonces fundamental cuando estaban presentes los policías pues éstos sancionaban a los que iban a ligar porque no había conformidad con el orden sexual.

Estos «merodeadores»<sup>22</sup> pertenecían a todas las clases sociales. Todas las profesiones estaban representadas. Había personas de todas las edades, con gustos sexuales y modos de vida de los más variados y que iban por motivos también muy diversos. Siguiendo a Goffman, prácticamente no compartían ninguna organización salvo la voluntad de tener relaciones homosexuales. Para ello, seguían todos las mismas reglas fundamentales de la interacción sexual en los lugares públicos<sup>23</sup>. Algunos iban todos los días a la misma hora, otros de manera irregular, otros, varias veces al día. Pero fue sobre todo entre las dieciocho y las veinte horas cuando los ligues homosexuales eran más intensos, pues a estas horas los hombres habían terminado su jornada de trabajo<sup>24</sup>. Luego, algunos regresaban a sus hogares (a veces heterosexuales).

<sup>20</sup> Michel FOUCAULT: *Surveiller et punir...*, pp. 202-203.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 208.

<sup>22</sup> Utilizo la expresión de George CHAUNCEY: *Gay New York*, traducción de Didier Eribon, París, Fayard, 2003, pp. 228 y ss.

<sup>23</sup> Erving GOFFMAN: *La mise en scène de la vie quotidienne*, t. II, *Les relations en public*, París, Minuit, 1973, p. 13.

<sup>24</sup> Pierre SERVEZ: *Le mal du siècle*, París, Martel, 1955, p. 30.

Algunos iban siempre a la misma taza. Otros cambiaban a menudo. El objetivo era mantener relaciones sexuales furtivas y anónimas, independientemente de la clase social. Por ejemplo, uno de los interpelados por los agentes de la Brigada Mundana a principios de los años 1970 afirma «que no le gustan las relaciones, ni los clubs, ni las discotecas, ni los cabarets especializados. Prefiere los contactos anónimos, más peligrosos pero más excitantes»<sup>25</sup>. Además, discreción y rapidez eran las palabras claves de esta práctica clandestina que obligaba a los usuarios a una organización «que minimiza los riesgos y optimiza al mismo tiempo la eficacia»<sup>26</sup>, pues el miedo impregnaba el cuerpo de la mayor parte de los merodeadores. Un ejemplo de ello es cuando el escritor Matthieu Galey describe sus aventuras en las tazas, unas sensaciones que muchos de los merodeadores compartían:

«Voy, yo también, de vez en cuando. Todas las clases sociales se frecuentan, pero encontramos también a seres imposibles de definir, incoloros, ni guapos ni feos, y que no vemos en ninguna otra parte, como si no salieran nunca de ahí, confundidos, durante las últimas horas de la madrugada, con el tono gris de la pizarra mojada.

Es verdad que al entrar, uno se transforma en seguida en otra persona, un anónimo desconocido —incluso de sí mismo— y tembloroso. Fatigoso placer de esta metamorfosis: nos sentimos nacer a una vida todo el día contenida por las reglas de la moral; nos abandonamos al instinto de repente resurgido. Casi nos olvidaríamos del todo pero el miedo no te suelta.

Pues es una voluptuosidad culpable, avivada por la inquietud. Por la angustia incluso, con que se mezcla el asco, hasta el punto de volver la cabeza después de un breve vistazo en busca de algo, cuando uno tiende la mano hacia la cedilla vecina. Quien viera las caras en este instante no descubriría otra cosa que indiferencia; la cabeza hace como si ignorase los innobles actos del brazo.

Pero la fuerza del deseo gana al temor, la emoción, la vergüenza, la angustia, y nada podría impedir a los aficionados encontrarse ahí, de manera furtiva, sin luego volverse a ver. Ignorar a su cómplice equivale a declararse inocente pecando. Si a veces uno u otro se arriesga a seguir a su azaroso compañero, se trata de hacer de un testigo con cargo un amigo para siempre, ¿cómo pensarlo? Y cuando se eclipsan estas sombras, lastra-

---

<sup>25</sup> Maurice VINCENT: *Un inspecteur de la Brigade Mondaine raconte les dossiers du vice*, París, Presses de la Cité, 1972, p. 19.

<sup>26</sup> Michael POLLAK: *Les homosexuels et le sida, sociologie d'une épidémie*, París, Métailié, 1988, p. 26.

das o decepcionadas, un agente de policía que se pasea santurronamente arriba y abajo en la zona les procura un último escalofrío, especia de esta comida secreta»<sup>27</sup>.

Este lugar de ligue homosexual fue también uno de los espacios donde se constituía a veces la sociabilidad gay, no había solamente sexualidad. En efecto, Leo Bersani afirma que «el ligue es la sociabilidad sexual»<sup>28</sup>. Unas relaciones más duraderas (amistosas, sexuales, etc.) podían empezar en las tazas si uno de los compañeros entablaba conversación e invitaba al otro a su casa o en otro lugar de sociabilidad gay si se establecía cierta confianza. Todos los merodeadores de meaderos no buscaban solamente relaciones sexuales.

Sin embargo, había obligaciones en estos lugares de ligue. Las vigilancias y las detenciones policíacas existían, como lo demuestran las condenas por «escándalo público» o «actos contra natura». Hubo por ello 463 condenas en 1950 en París<sup>29</sup>. Luego, las cifras bajaron y fueron similares durante las décadas 1960-1970: 379 en 1960, 406 en 1970 y 379 en 1974<sup>30</sup>. Hubo más detenciones, pero no se tramitaban todas a juicio, pues cuando se trataba de la primera interpelación y que la persona no estaba fichada, podía volver a su casa el mismo día después de las comprobaciones usuales. Por ejemplo, entre 1954 y 1955, hubo 600 interpelaciones de la Brigada Mundana al año. Ésta contaba con un grupo de seis policías. Vigilaban todos los lugares públicos donde las actividades homosexuales eran probadas. Así, podían detener a las personas *in fraganti*. No obstante, esta cifra bajó de manera significativa durante los años posteriores. «En 1962, el «grupo de los escándalos públicos» había realizado 172 detenciones que habían conllevado

<sup>27</sup> Matthieu GALEY: *Journal...*, p. 72 (25 de marzo de 1955).

<sup>28</sup> Leo BERSANI: «Sociability and Cruising», *Umbra(a): A Journal of the Unconscious*, 1 (2002), pp. 11-31, recogido en *id.*: *Is the Rectum a Grave? and Other Essays*, Chicago-Londres, The University of Chicago Press, 2010, p. 57: «Cruising is sexual sociability». Cito esta última edición.

<sup>29</sup> Sólo había 331 entre el 13 de abril de 1944 y el 13 de abril de 1945; luego 615 entre el 13 de abril de 1945 y el 13 de abril de 1946, y 592 entre el 13 de abril de 1946 y el 13 de abril de 1947, *Bulletin Municipal Officiel*, citado en *Cahiers d'action religieuse et sociale*, 39, 15 de junio de 1948, pp. 381-382.

<sup>30</sup> Para más información relativa a las estadísticas de los «ultrajes públicos contra el pudor» y los «atentados contra el pudor», véase mi tesis doctoral: *Historia de la homosexualidad...*

a la inculpación de 349 individuos<sup>31</sup>. Los agentes comprobaban la identidad de los individuos para los cuales se trataba de la primera detención y efectuaban una comprobación en la comisaría para los reincidentes. La policía sabía perfectamente qué tipo de comercio sexual existía y las trampas que ponía eran frecuentes. He aquí el testimonio relativo a los métodos de vigilancia de uno de los inspectores de la Brigada Mundana:

«Mi carrera en “lo de los maricones” empezó en una vespasiana de la avenida Gabriel. ¡Una vespasiana de lujo ya que tenía ocho plazas! —Lo ideal para “espíar a escondidas”, me explica mi compañero Maturier, un antiguo de los «maricones». [...] Te vas a poner en un box en un extremo. Al llegar, meas [...], luego vuelves a abrocharte para estar listo para intervenir, pero te quedas en el sitio. Esperas al menos cinco minutos y de re- ojo, sin girar de manera ostensible la cabeza, observas a tus vecinos. Ya verás. Están los que sólo vienen para mear. No nos interesan. Luego, están los que se quedan y que miran. Si nadie viene a molestarles, se masturban individualmente, a veces se enseñan el pene y otras se toquetean con el vecino o incluso chupan... Entonces en este momento, esperas, justo el tiempo para que se compruebe el delito e intervienes. [...] No es siempre oportuno detenerlos dentro de la “tetera” [...]. Es mejor no asustar a la caza que se cree bien tranquila. Cuando el tipo deja su sitio después de haber hecho lo suyo, le sigues y lo interpelas bastante lejos. Aún se trata de un delito in fraganti, ¡incluso cinco minutos después!»<sup>32</sup>.

Pero entonces, ¿por qué un lugar público como éste era utilizado por los hombres que buscaban relaciones sexuales con otros hombres si se arriesgaban a ser detenidos por escándalo público? El sociólogo gay americano Laud Humphreys afirmó que «varias razones empujan a los que desean una relación homosexual sin compromiso a elegir los servicios públicos. Son accesibles, fácilmente reconocibles por los iniciados y discretos. Así, las tazas combinan las ventajas de los lugares públicos y privados»<sup>33</sup>.

<sup>31</sup> Véronique WILLEMIN: *La Mondaine. Histoire de la police des mœurs*, París, SDL éditions, 2010, pp. 125, 126: «El grupo de los “homos” se ha atendido a reprimir solamente los hechos especialmente escandalosos cometidos por dos o varios individuos juntos. Los tribunales ya no condenaban los actos de un simple onanista», y 138.

<sup>32</sup> Testimonio de Maurice Vincent en Gérard DE VILLIERS: *Brigade Mondaine...*, pp. 135-136.

<sup>33</sup> Laud HUMPHREYS: *Le commerce des pissotières...*, pp. 12-13. Este importante

Para los hombres que buscaban una relación sexual anónima con otros hombres era fácil tener acceso a los urinarios ya que se encontraban en las calles, parques, jardines, centros comerciales, etc. Al mismo tiempo, había bastante discreción como para no ser molestado durante la o las relaciones, ya que para los no-iniciados estos sitios sólo servían para orinar. Lo que les animaba a tener relaciones sexuales con otros hombres era principalmente el anonimato que garantizaba este tipo de sitio. La interacción no pasaba por el lenguaje verbal y la sociabilidad clásica, sino por unos gestos de los cuerpos y de las miradas, un lenguaje no verbal. Había que ser discreto para no llamar la atención de indeseables como policías, agresores o también delatores. Era importante que la interacción sexual tuviera lugar en silencio. «En la mayoría de los casos, los encuentros homosexuales que tienen lugar en los servicios públicos ocurren sin que ninguna palabra sea pronunciada»<sup>34</sup>.

Además, ocurrían a menudo por la noche, una circunstancia agravante para los jueces, según Jean Genet, pues ésta estaba en general asociada a todo tipo de delincuencia o vicio<sup>35</sup>. Pero al mismo tiempo, la noche «preserva las pobres caras viejas y feas», según Genet<sup>36</sup>. La oscuridad facilitaba las interacciones sexuales ya que el anonimato estaba aún mejor guardado y eso permitía a los actores deshacerse más fácilmente de los códigos sociales heterosexuales para satisfacer su deseo. Proust afirma que:

«La oscuridad tiene como efecto suprimir el primer grado de placer y hacernos entrar de lleno en un ámbito de caricias al cual normalmente se

---

libro es su tesis doctoral por la cual tuvo numerosos problemas con las autoridades universitarias y judiciales con respecto a la ética del investigador/observador participante. Para más información sobre la vida y la obra de Laud Humphreys véase el libro de John F. GALLIHER, Wayne BREKHUS y David P. KEYS: *Laud Humphreys, Prophet of Homosexuality and Sociology*, Madison, The University of Wisconsin Press, 2004. Humphreys salió del armario públicamente en 1974 durante el *meeting* de la American Sociological Association mientras estaba debatiendo con otro investigador gay en el armario, Edward Sagarin, quien escribía bajo el seudónimo de Donald Webster Cory, mientras que la mujer de Humphreys estaba sentada en la sala. Siguió casado con ella hasta 1980.

<sup>34</sup> Laud HUMPHREYS: *Le commerce des pissotières...*, p. 23.

<sup>35</sup> Jean GENET: *Notre-Dame-des-Fleurs*, Décines, Marc Barbezat-L'arbalète, 1948. Utilizo la edición Folio Gallimard, p. 218: «“Era por la noche”, circunstancia agravante para mi caso, tal como me lo señaló el juez».

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 42.

accede después de algún tiempo [...]. En la oscuridad, todo ese viejo juego se encuentra abolido, las manos, los labios, los cuerpos pueden entrar en juego los primeros»<sup>37</sup>.

Leo Bersani dice casi lo mismo cuando afirma que «el ligue, como sociabilidad, puede ser un medio de intimidad impersonal»<sup>38</sup>. La mayoría de estos hombres no tenía la necesidad de revelar su identidad y muchos no querían en absoluto. Por eso acudían a estos sitios, pues no implicaban ningún compromiso con el compañero más allá de la relación sexual. Por tanto no implicaba tampoco ninguna obligación. Para el escritor Roger Peyrefitte, quien ligaba en muchos sitios de París, tenía su «mundo cerrado de la avenida Hoche, donde ningún gamberro ha entrado nunca»<sup>39</sup>. Llevar a un hombre a su casa para una relación sexual les parecía mucho más arriesgado —y a veces peligroso— que una hipotética condena. No sólo el invitado podía robar o ser violento, sino que, a partir del momento en el que conocía la dirección, podía hacer chantaje: pedir dinero a cambio de su silencio<sup>40</sup>. En efecto, al conocer la dirección, podía desvelar a cualquiera las verdaderas costumbres de esa persona y arruinar así su (doble) vida. Por eso el escritor Roger Peyrefitte «tenía la obligación de hacer una selección, y recibir solamente a los chicos totalmente seguros»<sup>41</sup>. El chantaje era una práctica muy corriente en aquella época y conocida por la policía. El homosexual, como afirma Humphreys, estaba entonces condenado a «una gestión compleja de su vida, a menudo doble, a veces multiplicada sin límites»<sup>42</sup>.

<sup>37</sup> Marcel PROUST: *Le temps retrouvé*, t. III, París, Gallimard, 1927, pp. 833-835.

<sup>38</sup> Leo BERSANI: «Sociability and Cruising», en ID.: *Is the Rectum a Grave?...*, p. 60: «Cruising, like sociability, can be a training in impersonal intimacy. The particularity that distinguishes it from sociability is, of course, that it brings bodies together».

<sup>39</sup> Roger PEYREFITTE: *Propos secrets*, París, Albin Michel, 1977, p. 152.

<sup>40</sup> AP, PPP, *Brigade Mondaine*, expediente núm. 167047: Un hombre pone una denuncia por un caso de chantaje (no era frecuente, pues solían no denunciar para evitar afirmar en público que tenían relaciones homosexuales). Este hombre ha conocido a otro en las vespasianas, luego lo llevó a su casa, y después de las relaciones sexuales, este último le pidió una importante cantidad de dinero.

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 67.

<sup>42</sup> Michael POLLAK: *Les homosexuels et le sida...*, p. 26.

## Las prácticas

El lenguaje no verbal del acercamiento se resumía en la mayoría de los casos a «un gesto de la mano, movimiento de los ojos, manipulación y erección del pene, gesto de la cabeza, cambio de postura o desplazamiento de un lugar hacia otro»<sup>43</sup>. Tal como afirma Goffman gracias a los análisis de Humphreys,

«en los urinarios públicos, los hombres se encuentran muy cerca unos de otros en un caso en el que tienen que exhibirse durante cierto tiempo. Pero las miradas son de una prudencia extrema para no violar la intimidad de otro más de lo necesario. Cuando dos hombres orinan uno al lado de otro, sus ojos solo pueden recorrer sin peligro una zona muy estrecha»<sup>44</sup>.

En los casos de lígúe homosexual, un hombre orinaba o hacía como si orinara en un box y cuando otro hombre se acercaba para hacer lo mismo, una simple mirada o un vistazo al sexo de su vecino de box dejaba entender qué deseaba<sup>45</sup>. Por ejemplo, durante el verano de 1949, en los urinarios de la plaza Saint-Sulpice, sobre las catorce horas, un hombre quiso ver el pene de su vecino de box en el centro del urinario, se inclinó hacia él tocándole los muslos, pero la policía vio el escándalo e intervino para parar este encuentro<sup>46</sup>.

Existen numerosos ejemplos: por ejemplo, un carpintero de cuarenta y tres años fue condenado a dos meses de cárcel y una multa de 2.400 francos pues «al estar en un box, en un urinario de la estación de metro Oberkampf, fue sorprendido por unos inspectores mientras se masturbaba el pene en erección intentando descubrir el sexo de sus vecinos para, por supuesto, descubrir un compañero»<sup>47</sup>.

<sup>43</sup> Laud HUMPHREYS: *Le commerce des pissotières...*, p. 71.

<sup>44</sup> Erving GOFFMAN: *La mise en scène de la vie...*, p. 70.

<sup>45</sup> Véase la película de William JONES: *Tearoom* [archivos de la policía de 1962 que el director encontró en 2007], que muestra que, a pesar de que ocurra en Mansfield en Ohio (Estados Unidos), los códigos para ligar son muy similares y numerosos.

<sup>46</sup> AP, PPP, CB 22.55, 5 de julio de 1949.

<sup>47</sup> Los escándalos públicos contra el pudor fueron muy numerosos en los urinarios de la estación de metro Oberkampf (11) y los de la estación La Fourche (17) durante los años de posguerra: AP, TCDS, d1u6, 4344, 28 abril de 1946; 4419, 17

Los policías conocían muy bien las técnicas más utilizadas por los que ligaban en los meaderos. Ello facilitaba su detención. Por eso los que buscaban relaciones homosexuales redoblaban vigilancia y utilizaban numerosas estrategias para hacer como si fueran a los urinarios solamente para orinar —la primera función de estos sitios—, observando al mismo tiempo a los posibles compañeros sexuales (la «exploración visual» de la que habla Goffman<sup>48</sup> y que servía para fingir la normalidad buscando al mismo tiempo una satisfacción sexual «anormal»), tal como el héroe de la novela *La piscina-biblioteca* de Alan Hollinghurst: «Iba hasta el fondo de los urinarios, donde se encontraban los lavabos, y, mirando en el espejo fijado encima, tenía una vista en fila hasta la puerta de toda la serie de los urinarios y de los retretes»<sup>49</sup>.

A veces, si ninguno de los dos se atrevía a dar el primer paso, cada uno miraba al otro masturbándose, a veces sin todo el cuidado necesario. Por ejemplo, en septiembre de 1945, dos hombres fueron interpelados. Uno de cincuenta y siete años estaba masturbándose en los urinarios del Campo de Marte (7<sup>o</sup>) mirando a otro hombre a su lado que se masturbaba también<sup>50</sup>. Una mirada suficientemente insistente, «un frente a frente mudo» en el que uno señala lo que pretende hacer conjuntamente y en el que el otro manifiesta su acuerdo<sup>51</sup>, como un gesto de la cabeza para invitar al vecino a acercarse, mirando al mismo tiempo a su alrededor para ver si les observaban, y sobre todo para hacer frente a las posibles intrusiones<sup>52</sup>; exhibir el sexo (incluso había una taza agujereada «que inspiraba unas fantasías a unos homosexuales exhibicionistas»)<sup>53</sup> y la

---

de febrero de 1947 (varias condenas); 4420, 18 de febrero de 1947; 4423, 28 de febrero de 1947, 4435, 2 de mayo de 1947; 4457, 2 de junio de 1947; 4461, 16 de junio de 1947, etc.

<sup>48</sup> Erving GOFFMAN: *La mise en scène de la vie quotidienne*, t. II, *Les relations en public...*, p. 27.

<sup>49</sup> Alan HOLLINGHURST: *La piscine-bibliothèque*, edición original de 1988, traducción de Gérard Clarence, París, Christian Bourgois, 1991, p. 20.

<sup>50</sup> AP, PPP, CB 28.52, 9 de septiembre de 1945.

<sup>51</sup> Erving GOFFMAN: *La mise en scène de la vie...*, p. 28.

<sup>52</sup> Se puede apreciar en la película *Tearoom*, citada más arriba, hasta qué punto el miedo al ser sorprendido obnubilaba a los que mantenían relaciones sexuales en los urinarios. La mirada de estos hombres no dejaba de observar nunca la puerta hacia el exterior durante todo el tiempo de la relación.

<sup>53</sup> Roger PEYREFITTE: *Des Français...*, p. 65. Encontramos el mismo subterfugio en la película de William E. JONES: *Tearoom*.

mirada aprobadora de la otra persona bastaban para tener una relación sexual que era, en general, limitada y rápida, ya que en todo momento alguien podía entrar en el urinario. A menudo, unos policías con uniformes o de paisano provocaban ellos mismos el escándalo. A veces, si las proposiciones —sin ser explicitadas— eran demasiado explícitas y que el vecino de box no estaba interesado por una relación sexual con un hombre, éste denunciaba los hechos. Así ocurrió durante las navidades de 1949, a las quince horas, en las vespasianas de una estación. Allí estaba un hombre de treinta y seis años, separado sin hijos, cajero de profesión, que se «acariciaba» el pene con la mano delante de un hombre de veintiséis años, soltero con un hijo, ciclista, y que le denunció<sup>54</sup>. Por eso debían entregarse a una «comprobación de la comprobación», es decir, estar seguro de los deseos del otro.

Cuando los deseos de los dos hombres estaban claros para ambos, en general, empezaban a masturbarse y, luego, se masturbaban mutuamente. Así ocurrió en septiembre de 1945 en un «meadero» del Campo de Marte. Fueron detenidos dos hombres durante la relación sexual. Uno de los dos, de cincuenta y siete años, se masturbaba mirando al otro hombre a su lado que se masturbaba también. Otros casos similares son muy numerosos en los archivos de la policía<sup>55</sup>. Se trataba de las prácticas más frecuentes. En primer lugar una mirada, luego cierto exhibicionismo que se hacía cada vez más manifiesto a medida que el acuerdo tácito del vecino de box se hacía más evidente. Después una masturbación mutua y finalmente una felación, rara vez una penetración anal.

No obstante, la penetración anal no era muy frecuente en los urinarios públicos según los archivos judiciales, principalmente porque los policías intervenían antes de que pudiera ocurrir. Era muy arriesgada en las vespasianas. Y estos hombres buscaban relaciones rápidas, pues gran parte de ellos regresaba luego a su hogar. La ventaja de la masturbación o de la masturbación mutua era su postura ambigua: podían parar muy rápidamente y hacer como si orinaran cuando alguien entraba en el urinario. Mientras que en caso de penetración anal, no había equívoco. Era, pues, un riesgo añadido. Además, era menos grave socialmente estar condenado por escándalo público masturbándose que habiendo practicado la

<sup>54</sup> AP, PPP, CB 2644.

<sup>55</sup> AP, PPP, CB 28.53.

penetración anal o la felación, pues la homosexualidad o los «actos contra natura» se situaban en la cima de la jerarquía de los vicios. Una simple masturbación era considerada, en general, como una práctica ocasional mientras que la felación o la penetración anal de-lataban más las costumbres de los que las practicaban.

He encontrado en los archivos muy pocos casos probados de penetración anal en las tazas, lo cual no quiere decir que esta práctica fuese poco frecuente. Los archivos judiciales sólo son una menor parte de las actividades sexuales en los lugares públicos. Entre los escasos ejemplos, uno tuvo lugar en febrero de 1947: un hombre de treinta y ocho años, empleado, casado con un hijo, y otro hombre de cuarenta y tres años, agente de cambio, soltero sin hijo, «practicaron la masturbación bilateral en los urinarios de la orilla del Sena en el puente de Bercy» y el más joven se hizo sodomizar por el mayor<sup>56</sup>. Sin embargo, en la película *Tearoom* de William E. Jones, durante tres semanas del verano de 1962 en los aseos públicos de la ciudad de Mansfield en Ohio, la penetración anal era bastante frecuente. No obstante, tenemos que señalar que la arquitectura de los urinarios en Francia y en Estados Unidos era muy diferente. En Estados Unidos, se trataba de aseos como los que conocemos hoy día, lugares completamente cerrados desde el exterior, a los cuales se tenía acceso por una escalera subterránea, lo que permitía a los que querían ligar poder practicar todo tipo de relaciones sexuales ya que disponían de un poco más de tiempo que los franceses si escuchaban llegar a alguien. En cambio, los meaderos franceses, a pesar de estar un poco cerrados, eran muy accesibles a la mirada exterior.

Con respecto a los besos, eran casi inexistentes en los urinarios. Los hombres que entraban en las tazas no solían buscar cariño. Muchos lo tenían en casa con un hombre o con una mujer, o en otro sitio de los lugares de sociabilidad gay como los bares. Según Humphreys, en la mayoría de las relaciones homosexuales existe «un corte entre afectividad y sexualidad como resultado de la ausencia de las instituciones familiares que consolidan las relaciones heterosexuales»<sup>57</sup>. Los besos en los urinarios ocurrían raras veces entre jóvenes. Por ejemplo, un hombre de diecisiete años, empleado de un restaurante, soltero, entró sobre la una y media

<sup>56</sup> AP, TCDS, d1u6 4418, 11 de febrero de 1947, p. 3.

<sup>57</sup> Michael POLLAK: *Les homosexuels et le sida...*, p. 51.

durante el invierno de 1950 en los urinarios de la rotonda de los Campos Elíseos (8°), luego otro hombre entró y le besó en la boca. Decidieron ir a otro lugar para encontrar un sitio más seguro. El hombre de treinta y nueve años, escritor, soltero sin hijos, abrió la bragueta del menor y empezó a masturbarle. Sin embargo fueron detenidos por atentado contra las buenas costumbres en la orilla del Sena cerca del puente del Alma<sup>58</sup>. Incluso se condenaba la exhibición de los órganos sexuales en la calle. El simple hecho de orinar en la calle se condenaba porque los órganos sexuales podían ser vistos por alguien. En septiembre de 1949, un hombre de cuarenta y tres años fue condenado por haber orinado en una vespasiana «un poco atrás de la pizarra y se sacudió el pene para dejar caer las gotas de orina» porque podía haber sido visto desde las plantas superiores del edificio<sup>59</sup>.

Quedarse demasiado tiempo en una vespasiana podía ser también motivo de interpelación. Según el escritor Roger Peyrefitte, la Brigada Mundana fijaba en tres minutos el tiempo normal<sup>60</sup>. Si se sobrepasaba este tiempo, la persona era considerada como sospechosa y aún más si había dos personas en el meadero. Durante el verano de 1951, un hombre de veinticinco años, soltero, fue detenido por un policía por escándalo público en una vespasiana entre las calles Lord Byron y Arsenne Houssaye (8°) entre las veinte y las veinte horas y quince minutos. Dijo haber orinado pero negó formalmente haberse masturbado y haber puesto su «miembro viril fuera del pantalón». Afirmó también «no saber porqué se quedó más tiempo de lo necesario en la vespasiana». Ello demuestra hasta qué punto el interrogatorio de la policía era preciso y rebuscado. En cambio, el agente afirmó que se fijó en el susodicho y se dio cuenta de que iba y venía cerca del urinario. «Todo en su actitud demostraba que tenía costumbres especiales». Lo vio masturbarse y le interpeló<sup>61</sup>.

Las actividades policiales en las tazas no se limitaban a unos controles o a unas vigilancias algunas veces muy desarrolladas. Durante los meses de verano de 1962 en Mansfield (Ohio), unos policías pusieron una cámara detrás de un espejo sin azogue en los aseos públicos de la ciudad para grabar —y así demostrar— las ac-

<sup>58</sup> AP, PPP, CB 29.55.

<sup>59</sup> AP, PPP, CB 17.43.

<sup>60</sup> Roger PEYREFITTE: *Des Français...*, p. 67.

<sup>61</sup> AP, PPP, CB 30.76.

tividades sexuales que ciertos hombres llevaban<sup>62</sup>. George Chauncey muestra también que en Nueva York, en los años 1910,

«unos policías de la brigada de los menores se escondían detrás de la reja frente al urinario para poder observar y detener a los que tenían actividades sexuales. En 1912, unos agentes de ferrocarril de Pensilvania llegaron a agujerear los urinarios públicos de la estación de Cortlandt Street para espiar qué ocurría»<sup>63</sup>.

Es probable que medidas similares se tomaran en Francia, pues ambos países mantenían unas relaciones estrechas. Sin embargo, no he encontrado en los archivos este tipo de controles. Otros documentos, no obstante, nos permiten ver las «trampas» que existían. El escritor Marcel Jouhandeau lo sufrió personalmente<sup>64</sup>, así como el narrador de la novela *Le malfaiteur* de Julien Green, de la que se puede imaginar que su fuente de inspiración era su experiencia personal o las experiencias que le contaban sus amigos. El narrador salió una noche a «merodear» en una estación, observó a un obrero que le hacía señales para que le siguiera, pero en la sala se encontraba también uno de los policías de paisano que le seguía a menudo. Sin embargo, consiguió —al menos eso creyó— deshacerse de él y se encontró con el obrero en la orilla para darle dinero a cambio de sexo. Fue en este momento cuando el policía le interpelló, no obstante ningún escándalo público había sido cometido, lo que evitó a Juan, el narrador, ser detenido, pero eso no le impidió ser insultado por el policía: «¡Tienes suerte porque he llegado demasiado pronto, guarra!»<sup>65</sup>.

Además de los controles, la vigilancia y las trampas de los policías, numerosas personas denunciaban cualquier manifestación pública de la sexualidad. Ello muestra el clima moral de la Francia de la posguerra. Existen numerosos atentados o escándalos públicos por los cuales las mujeres son las demandantes. Por ejemplo, a principios de 1948, un hombre de cuarenta y ocho años enseñó su pene

<sup>62</sup> William JONES: *Tearoom*, 1962-2007.

<sup>63</sup> George CHAUNCEY: *Gay New York...*, p. 250.

<sup>64</sup> Marcel JOUHANDEAU: *De l'abjection*, edición original de 1933, París, Gallimard, 2006, pp. 122-124.

<sup>65</sup> Julien GREEN: *Le malfaiteur*, París, Gallimard y Bibliothèque de la Pléiade, 1973, pp. 246 y 328-332.

a una mujer en la entrada del urinario de la calle Turbigio<sup>66</sup>. Le vio un policía y dos testigos señalaron también los hechos. Hubo escándalos públicos tanto entre hombres como entre hombres y mujeres. Hubo también en los urinarios atentados contra el pudor con menores. Por ejemplo, a finales de enero de 1951, en el urinario de la esquina de las calles Gay-Lussac y Louis Chuillier, un hombre de sesenta y tres años, mensajero-repartidor, exhibió su sexo delante de dos adolescentes que luego se quejaron al guardia<sup>67</sup>. Este tipo de atentado contra el pudor era bastante frecuente.

Pero creo que todas estas tazas señaladas en los archivos, donde se cometieron escándalos públicos, no fueron los urinarios en los que las relaciones sexuales entre hombres eran más numerosas. Parece lógico pensar que las más utilizadas<sup>68</sup> para este comercio fueron las tazas donde los controles de policía fueron menos frecuentes. Las relaciones sexuales en las tazas eran más numerosas cuanto menos controles policiales había. Las del bulevar Saint-Germain (6°), principalmente entre la calle Saint-Benoît y la calle des Saints-Pères, fueron muy concurridas y frecuentadas sobre todo por los chaperos. El Drugstore de Saint-Germain y sus inmediaciones fueron también muy frecuentadas por una clientela homosexual, principalmente jóvenes, como en las calles de Ponthieu (8°) y la del Colisée (8°). Había también numerosos travestis en ambas calles, así como en la calle de los Martyrs (9°/18°). La avenida de la Grande Armée (16°/17°), a la mitad, y la calle del Four (6°) fueron también lugares importantes de ligue homosexual. Arriba de la avenida de Wagram (8°/17°), por el lado de los números impares, podíamos encontrar homosexuales españoles. En los lugares en los que la frecuentación de los que ligaban era más intensa podíamos observar categorías bastante definidas según la nacionalidad, el género, la edad o la clase social.

A mediados de los años 1960, las tazas empezaron a desaparecer. Roger Peyrefitte contó en una novela la destrucción de algunas de ellas:

«... La capilla de Bercy está cerrada [...] Mi parroquia está también arrasada dice otro. La capilla del parque Baudelaire, que tenía cuatro

<sup>66</sup> AP, PPP, CB 10.47.

<sup>67</sup> AP, PPP, CB 20.59.

<sup>68</sup> «Les pédérastes», *Le Crapouillot*, agosto-septiembre de 1970, pp. 84-85.

boxes, está completamente destruida; las del faubourg Saint-Antoine, de la Mutualité, del metro Cambronne ya sólo son recuerdos. Pronto no sabremos donde rezar. ¡Y la Iglesia que predica el diálogo! —Compadezco estas pérdidas sensibles; pero en realidad usted en su deanato no se puede quejar: le queda la capilla de las Apariciones [...] —¡Desgraciadamente, ha muerto también! Es la gran víctima de la semana pasada»<sup>69</sup>.

Quitaron en primer lugar las tazas cercanas a los colegios e institutos para proteger a los menores del «vicio». Luego destruyeron las que estaban cerca de los cuarteles para la salvación de Francia. Y poco a poco todas las vespasianas desaparecieron.

## Conclusión

Por todo ello, y gracias a los análisis de Foucault, considero que la sexualidad entre hombres en los lugares públicos y toda la sociabilidad gay en su conjunto están condicionadas por todo un dispositivo disciplinario con técnicas de sujeción (mirada, insulto, etc.). Esta «tecnología del poder» de la que habla Foucault<sup>70</sup>, cuyos efectos se inscriben directamente en los cuerpos de los homosexuales y en la configuración de la cultura homosexual, es uno de los aparatos de la ideología sexual dominante<sup>71</sup> para intentar controlar y dessexualizar el espacio público. El «panoptismo» no es entonces el simple análisis del panóptico de Bentham, sino todo un sistema de vigilancia del poder disciplinario que puede aplicarse al mundo heterosexual.

Por consiguiente, hubo una voluntad política de distribuir la sexualidad en el espacio. La sexualidad tenía que ser privada, con la puerta cerrada con cerrojo y las ventanas y persianas cerradas también. Estos detalles son importantes. En efecto, varios casos de individuos masturbándose con la ventana abierta fueron condenados por escándalo público porque los vecinos y las vecinas veían el espectáculo y después lo denunciaban. Durante el invierno de 1949, una mujer de dieciocho años se quejó de que un hombre

<sup>69</sup> Roger PEYREFITTE: *Des Français...*, p. 65.

<sup>70</sup> Michel FOUCAULT: *Surveiller et punir...*, p. 227.

<sup>71</sup> La noción de «disciplina» en Foucault se fabrica para oponerse a la idea de aparato ideológico.

de cincuenta y tres años, responsable en el servicio de la armada americana, se masturbaba en su habitación por la noche sobre las veintiuna horas y ella lo vio por la ventana<sup>72</sup>. Con este ejemplo vemos que se condenaba todo tipo de sexualidad en público, no solamente la homosexualidad. Pero es cierto que encerrar la homosexualidad en la vida privada no le daba ninguna visibilidad política. Tal como lo analizaron los movimientos gays posteriores, al privatizarla, era negada. Así era difícil esperar un cambio de percepción social al respecto. Michael Warner afirma que este confinamiento de la sexualidad en el espacio cerrado de la vida privada es el punto de arraigamiento en el que se sustenta la moral sexual de la ideología dominante: «El acto sexual en la zona protegida de la vida privada es el nimbo afectivo que la cultura heterosexual protege y resume su modelo ético». Habla de ello como «la cultura heteronormativa de la intimidad»<sup>73</sup>.

Este movimiento de privatización de la sexualidad no era neutro. Respondía a un proyecto de política sexual. Entre 1945 y 1968 hubo un proceso de desexualización del espacio público. El motivo consistía en despolitizar las cuestiones sexuales<sup>74</sup>. Esta despolitización favorecía el orden establecido y su reproducción. Fue contra este movimiento de despolitización que un movimiento como el FHAR (Frente Homosexual de Acción Revolucionaria, 1971-1974) surgió, pues una de sus reivindicaciones principales fue la politización de la cuestión homosexual.

Por tanto, las cifras de los delitos por «escándalo público» demuestran que la subenmienda Mirguet de 1960, tan famosa entre los homófilos y los militantes gays de las décadas 1960-1970, tuvo poca repercusión en los hechos. Si aún hoy día sigue viva en las mentes, se debe a su mitificación por el movimiento gay francés de los años 1970. En efecto, esta subenmienda fue el punto de mira del FHAR para criticar la discriminación jurídica entre homosexualidad y heterosexualidad. Para utilizar palabras de este movimiento, esta subenmienda simbolizaba el «racismo sexual» que sufrían los homosexua-

<sup>72</sup> AP, PPP, CB 30.72.

<sup>73</sup> Michael WARNER: *Publics and Counterpublics...*, pp. 195 y 203.

<sup>74</sup> Este proceso no empezó en 1945. Es, por supuesto, anterior (así lo demuestra Marcela IACUB: *Par le trou de la serrure, une histoire de la pudeur publique, XIX-XXI siècle*, París, Fayard, 2008), pero nuestro estudio toma como punto de partida la posguerra.

les. De hecho, uno de los periódicos del FHAR tenía como título *La plaga social*, en referencia directa a esta subenmienda Mirguet que así calificaba la homosexualidad. Pero los análisis del FHAR, hegemónicos desde entonces, deben ser puestos entre paréntesis para permitirnos estudiar la historia de la homosexualidad como fue en aquella época, no como era para el FHAR y como aún hoy día se sigue creyendo desde las interpretaciones de este movimiento. Así, gracias a los archivos, nos damos cuenta de que la subenmienda Mirguet no fue el elemento más importante de la represión de la homosexualidad a partir de 1960 como lo pensaron la asociación homófila Arcadie y el movimiento gay revolucionario, el FHAR. En realidad, la represión policial era mucho más intensa durante la posguerra que durante la década de los años 1960.